

TAMBIEN LA DISCRIMINACION DE LA MUJER

USTED las ve llegar de su trabajo, poco antes de la hora del té, cuando oscurece. Encienden la luz del porche, abren la puerta verde del garaje, limpian un poco el jardín, friegan la losa, ven cómo anochece definitivamente, oyen el ruido del coche, salen, abrazan a sus maridos y comienzan a ejecutar las danzas que la televisión, la radio y la prensa les aconsejan: la marca del té, el fuego de la chimenea, la alfombra que cubre el piso, la marca de la mantequilla: todo lo que han ido leyendo, viendo u oyendo va cayendo ante los ojos de los maridos, que, como manda la televisión, también debían sonreír satisfechos mientras se quitan el cansancio del camino y del trabajo... Ellas no pueden estar cansadas: ellas son las pacientes mujeres que han de esperar a los esposos con la sopa bien caliente, el té dispuesto, las zapatillas preparadas y pequeños besos como preludeo.

La descripción de estas escenas parece indicar a algún país, como España, donde la ocupación de la mujer todavía no se ha liberado de esos atavismos obligados por la agobiante sociedad del consumo y de la imagen. En este caso, esa descripción se refiere a las mujeres de Gran Bretaña, a las mujeres británicas que una vez asistieron a una revolución industrial, que luego asistieron a una revolución sexual y que siguen estando en la misma situación que debieron padecer antes de que esas revoluciones fueran hechas.

Hay, como en España, como en una gran parte de los países occidentales, una continua propaganda que tiende a hacer de la mujer el objeto que se desea, se toca y se exhibe, de todas las maneras, como si fuera una marioneta en una cuerda que parece irrompible. Un objeto manejado, sobre todo, por la clase política, interesada en mantener la hegemonía masculina en la sociedad a la que ellos pretenden servir. En Inglaterra asusta ver cómo los candidatos más conservadores —desde Heath al National Front, pasando por el ultraambiguo liberal Jeremy Thorpe— usan a las mujeres como fuerzas reaccionarias de choque. Exactamente como fueron usadas en Chile antes del «golpe» y exactamente como son usadas en países donde teóricamente hay una menor formación social y política que en Gran Bretaña. En las

elecciones de febrero y en las elecciones de octubre, la amenaza de aquellos candidatos era que si ganaba el «Labour» las amas de casa se iban a quedar con su casa des-

iban a ser resquebrajados por la amenaza roja del laborismo wilsoniano...

«No nos preocupan las formas más obvias de sexismo —ha dicho

Juan Cruz Ruiz

baratada. Había cartas de tales candidatos —sobre todo, de Jeremy Thorpe— que se dirigían directamente a las mujeres, tocando siempre sus fibras más sensibles: el orden, la familia, la comida, que

una representante de los movimientos de liberación de la mujer—, sino también esos intentos que tienen su plataforma en los medios de comunicación y que tratan de movilizar a las mujeres como

una fuerza política reaccionaria». Las mujeres de los movimientos de liberación que proliferan en Inglaterra están hartas de ese manejo ancestral al que se somete a la mujer. Y están, sobre todo, hartas porque ese manejo tiene éxito: la voz más airada en favor de la pena de muerte en los Comunes fue la voz de una mujer, la de Mrs. Knight, miembro conservador del Parlamento. Y la voz que de una manera expresa se alza a cada instante contra cualquier forma de liberación de las costumbres es también la de una mujer: Mary Whitehouse, a quien un político que pretende ser líder conservador, sir Keith Joseph, llamó una vez «admirable mujer, que está luchando por salvar a Inglaterra de la inmoralidad; una mujer a la que todas las mujeres debían imitar».

Las señoras Knight y Whitehouse van a seguir predominando, al parecer. Porque durante veinte años más, por lo menos, la sociedad británica va a seguir siendo gobernada, en los puestos medios y en los puestos principales, por seres del sexo masculino. Hasta los organismos de censura, cuyos objetivos principales se dirigen a proteger a la mujer británica de los continuos ultrajes a los que son sometidas desde los más variados puntos de vista, están dominados por los hombres. La predicción citada procede de un estudio de la revista gubernamental «Social Trends»; además, revela que «a pesar de los cambios que han modificado la posición de los hombres y las mujeres en la casa y en el trabajo, sus respectivos roles siguen siendo fundamentalmente los mismos». Mientras los roles sigan siendo los mismos, aquellas salvaguardadoras de la moral pública van a seguir siendo las «más preclaras representantes de la mujer en nuestra sociedad», como diría sir Keith Joseph. El estudio al que hago referencia señala que, administrativa y legalmente, la mujer británica sigue estando subordinada socialmente a los dictados de los hombres, a causa especialmente de la diferencia biológica que separa a estas dos partes del género humano. Es triste, pero aquí, en Inglaterra, el uso del argumento de la «debilidad» de las mujeres es tan frecuente como en otras sociedades menos «liberadas».



La voz que de una manera expresa se alza a cada instante contra cualquier forma de liberación de las costumbres es también la de una mujer: Mary Whitehouse, a quien un político que pretende ser líder conservador, sir Keith Joseph, llamó una vez «admirable mujer, que está luchando por salvar a Inglaterra de la inmoralidad, y a la que todas las mujeres debían imitar».

El problema empieza en la escuela: aunque vayan a escuelas mixtas, las niñas se examinan de asignaturas diferentes a las que los chicos han de estudiar. La sociedad espera cosas diferentes de los hombres que de las mujeres, y por eso los obliga a prepararse de una manera diferente, para después seguir siendo «diferentes». Una diferencia que se manifiesta también a la edad en que esos chicos llegan a las puertas de la Universidad: por cada mujer que va a la Universidad británica, cuatro hombres cursan estudios universitarios, a pesar de que durante los estudios medios las mujeres siempre han demostrado una mayor inclinación al estudio que los hombres. En esa situación, no es raro que las mujeres británicas sigan estando marginadas de los puestos de responsabilidad. Y lo estarán durante veinte años más, por lo menos.

Las mujeres quieren dejar de ser un cuerpo, quieren dejar de ser la esposa del hombre que domina, quieren dejar de ser las inglesas que pasean al niño poco antes de que el marido llegue de dirigir la empresa que ella no puede dirigir. Y quieren dejar oír su voz en el trabajo. Para lograrlo, las mujeres alineadas en los movimientos de lucha antisexistista han decidido, en una reciente reunión celebrada en Londres, incrementar su participación en las decisiones sindicales, convencer a los sindicalistas masculinos de que su hegemonía no tiene razón de ser, crear una plataforma de lucha sindical que sitúe a las mujeres a las puertas de una más progresista acción política.

La mujer quiere dejar de ser un cuerpo erótico, tocable y manejable, para convertirse en un ser que piense por sí mismo. Decir que las mujeres británicas, las herederas de la revolución industrial, las colegas de Vanessa Redgrave y de Mary Quant, las compatriotas de George Sand y de Jane Austen, están pidiendo eso en 1975, puede parecer paradójico. La presión que los medios de comunicación social han ejercido y están ejerciendo sobre el ser femenino ha hecho que esa reivindicación femenina, de carácter absolutamente primario, siga estando de rigurosa actualidad en este país. La mujer es aquí, también, el ser que anuncia el buen sabor de las morcillas, que promete volar con el ejecutivo hasta Miami para que el ejecutivo se divierta, que es requerida por los maníacos sexuales, que quieren «grandes pechos para su diversión»; que es marginada de las solicitudes de trabajos que ella también podría hacer y que únicamente se ofrecen a hombres, al adorado macho pensante... Las mujeres quieren sobrepasar esa situación, no quieren ser llamadas «Mrs. X, esposa de mister X», sino que quieren tener su propia identidad, su autonomía incluso nominal, y no quieren ser designadas tampoco por su situación do-



Decir que las mujeres británicas, las herederas de la revolución industrial, las colegas de Vanessa Redgrave y Mary Quant, las compatriotas de George Sand y Jane Austen, no han visto todavía satisfecha su pretensión de ser consideradas no como cuerpos eróticos, tocables y manejables, sino como seres que piensan por sí mismos, puede parecer paradójico.

méstica: «Mrs. X, madre de cuatro hijos», y les repugna también que se aclare su identidad, en las noticias de prensa, aludiendo a algunos detalles físicos: «La bella, pelirroja Mrs. X... Todas esas cosas les repugnan a las mujeres que de alguna manera participan de los movimientos de liberación de la mujer, porque, por supuesto, las Whitehouse de Gran Bretaña, las amas de casa de vocación, siguen cuidando el jardín y siendo las esposas de sus maridos.

Hay una prensa, sobre todo vespertina, que se empeña en mostrar el cuerpo de una mujer cada día, sin que venga a cuento con ninguna de las noticias o de los reportajes que el periódico trae. «The Sun», «Daily Mirror», esos periódicos sensacionalistas que se hallan en todos los vagones de los trenes ingleses, son la síntesis de una actitud: la actitud de una sociedad que sigue viendo en la mujer a un cuerpo vendible. «Esa foto puede vender el periódico», es una frase que se puede oír en los talleres de fotografía de esos diarios. La otra prensa, digamos que la prensa seria, no trata a la mujer de modo diferente, aunque no ofrezca fotografías ni grabados de este preciado objeto erótico... La actitud ante la mujer, dicen las antisexistas, las antimachistas, es la misma: «Todavía no se dan cuenta los que escriben las informa-

ciones de que cuando hablan de alguna de nosotras no están hablando de una muñeca; una muñeca cuya vida privada se muestra al público en cuanto tiene la osadía de mezclarse en política».

Para contrarrestar esa prensa que sustenta una idea reaccionaria de la mujer, los movimientos de las «women's lib» empezaron a crear — a partir de 1970, sobre todo — su propia prensa. No sólo querían contrarrestar el efecto que la prensa convencional, de información general, produce sobre la mente femenina; querían también desbancar de las mesas de noche a una prensa muy influyente sobre la generalidad de las mujeres del país: «Cosmopolitan», «She», «Woman», las tradicionales revistas de público complaciente femenino, siguen, sin embargo, por las manos ansiosas de la esposa tranquila o por las manos sudorosas de la novia que espera en la estación de York al novio, que hoy tiene descanso en la RAF.

Un repaso a las tiradas que la «otra prensa» — la prensa de las «women's lib» — hace, nos da una idea bastante aproximada de la falta de audiencia que todavía tiene en el país ese movimiento liberador de la mujer. En efecto, el periódico que parece representar a la izquierda de las «women's lib», quizá el ala genuina del movimiento, sólo tira 2.500 ejemplares. «Women's Report» es su título. El pe-

riódico feminista del Partido Comunista («Link») tira de dos mil quinientos a tres mil ejemplares. «Red Rag» (marxista feminista, no alineado) tira 4.000; «Shrew» (simplemente feminista) tira 5.000; «Socialist Woman», trimestral, órgano del International Marxist Group, tira 5.000 ejemplares... Los que más tirada alcanzan son «Spare Rib» (algo así como «La Costilla Sobrante») y «Women's Voice». El primero tira 20.000 ejemplares y el segundo tira 7.500. «Spare Rib» se define como «socialista feminista, no adscrito a organización alguna», y persigue, entre otras cosas, la creación de una perspectiva feminista de la sociedad, así como protestar «contra la opresión legal, industrial, sexual y psicológica que se ejerce sobre las mujeres; rehúya la información sensacionalista o dogmática que lleva a la complacencia y a la pasividad». «Women's Voice» es el órgano del partido International Socialist, que es el que edita el «Socialist Worker», al que ya me he referido en estas páginas. Bimensual, como «Women's Report» («Spare Rib» es mensual), quiere convencer a las mujeres británicas de la necesidad de unirse en su lucha con la clase obrera para alcanzar juntos la victoria del socialismo; no creen en el sindicalismo británico, al que tratan de minar, persuadiendo a los «trade-unionists» de que tienen que contemplar la cuestión femenina como un asunto de principio.

La tendencia predominante en esta prensa, notoriamente «underground», es la tendencia socialista. Y, cuanto más a la izquierda están los periódicos, menos británicos los compran. Las tiradas, todas unidas, no llegan a contrarrestar, ni por asomo, la tirada que «The Sun», por ejemplo, hace para la región de Lincolnshire.

Bien es verdad que los periódicos no están solos: hay más de treinta movimientos de parecido signo feminista en Londres, y se ramifican por todo el país, aunque todavía embrionariamente. El objetivo de todos los grupos, como el de los periódicos, es asaltar y bajar del pedestal la imagen tradicional de la mujer británica, una mujer falsamente liberada, perpetuamente sometida al dictado del macho. En ese sentido, el movimiento no es feminista a la manera convencional. No se persigue, por supuesto, la hegemonía de la mujer; se propone la necesidad de que el sexo no siga siendo el trampolín para hablar de debilidades y de fortalezas. Se quiere que acabe una educación escolar discriminada, se quiere desterrar la idea de que la mujer no pueda ocupar puestos de responsabilidad.

Parece que no hemos estado hablando de Inglaterra. Probablemente, no hemos estado hablando puramente de Inglaterra, porque esta situación en que la mujer inglesa vive está corregida y aumentada en muchos otros países del mundo. Sobre todo, en el nuestro. ■